

GENERACIONES, LINAJES

Por ofrecer una perspectiva nueva sobre un tema que ha llegado a interesar a las mayorías, acogemos en nuestras columnas este trabajo del joven historiador, catedrático de la Universidad de Granada, don Rafael Gibert.

NO es una casualidad el que una época que ha dejado de creer en los linajes haya adoptado la creencia en las generaciones. Una teoría verdadera es la que se ajusta a la realidad o permite captarla y ordenarla. La teoría de las generaciones no ha conseguido demostrar su veracidad. Hasta ahora nada se ha explicado con ella; se ha limitado a explicarse a sí misma. Instrumento de malabarista rinde frutos. En abstracto, es atractiva y sugestiva: las generaciones se suceden y cada una es portadora de un estilo y de una posición ante la vida. Pero cuando esa teoría se utiliza como presupuesto para la organización de una realidad histórica, una y otra, la realidad y la teoría, se enfrentan y se despedazan. Ni la teoría abre un cauce a la realidad ni la realidad se desenvuelve dentro de la teoría. Ambas son menoscabadas y disminuidas. La teoría se complica con salvedades, excepciones y distingos. La realidad es oprimida, desconectada y deformada.

No se ha intentado una crítica directa y a fondo de la idea de las generaciones; pero a la vista de los entendidos ha saltado la imposibilidad de servirse de ella como método. "Por generaciones" no se ha podido hacer la historia de la literatura o de la ciencia, y menos una historia que las amalgame, una historia "de la generación".

La historia por generaciones ha sido hecha con una mezcla de criterios objetivos distintos de "la generación" y criterios subjetivos. La "generación" no tiene validez más que empleada una vez, única e intransferiblemente; las demás son siempre pseudogeneraciones. El encadenamiento o la simple sucesión de las generaciones es impracticable. Hay vidas científicas, literarias, artísticas o profesionales que se desenvuelven plenamente en diez años y otras en sesenta. No hay término medio que pueda estructurar estas existencias como series de generaciones.

Sin embargo, la idea de las generaciones no es simplemente falsa. Es otra cosa, como muchas otras ideas contemporáneas y modernas; en su índole, revolucionarias y protestantes. La idea de las "generaciones" es una verdad degenerada, que ha perdido el contacto vivo con una verdad superior que era su fuente. La fuerza que la impone es la verdad de su origen; esto hace que nadie pueda sustraerse a su influjo. No podemos ir contra ella; es necesario comprenderla "desde la razón" que ha perdido.

La idea verdadera, matriz de las "ge-

neraciones", es la idea del "linaje". Empleamos esta expresión con su exacto y general sentido. En el que se habla del "linaje humano", pero también en el que se habla del linaje, brillante o desconocido, de cualquiera. Sólo en relación con un linaje puede hablarse de una generación. Lo demás es observar transversalmente una realidad cuyo sentido primario es longitudinal. En esa relación de dependencia, la idea de generación, como un corte contrahilo es verdadera y podría ser fecunda. Desvinculada, desconectada del linaje, queda seca y sin vida.

Generación, pero, ¿de qué, de quién? Generación en absoluto, en abstracto, no es nada. Originalmente, generación sería lo que surge de algo. Hemos asistido a uno de los más bárbaros procesos del lenguaje, hasta conseguir que esta pregunta no sea necesaria. La palabra "generación" nos ha machacado veinte años los oídos y ahora ya no percibimos su significado. Directamente, al hablar de la generación de Ramón y Cajal o de "Azorín", por ejemplo, creeríamos referirnos a la procedencia o a la descendencia científica o literaria de esas figuras, al hecho de haber sido engendrados o engendradores. Parece que no; la teoría de las generaciones al uso tiende siempre a buscar el máximo de coetaneidad. Pero es absurdo buscar generación en un presente. La generación no existe sino en función de un linaje. Nadie ha conseguido acotar o definir una generación; pero si se da un linaje, es fácil señalar precisamente al abuelo, al padre y al hijo, al maestro y al discípulo, al viejo y al joven. Sólo puede tener conciencia de generación quien previamente pertenece a un linaje. Sólo numeraremos la generación de aquél a quien hayamos acreditado un

linaje. Junto a qué grupo de sus contemporáneos hemos de colocar a un hombre será siempre problemático; pero nadie vacilará nunca en colocarse entre su padre y su hijo, en medio. En tanto

no se haya restablecido la noción principal del linaje, será vano todo intento de agrupar generaciones. Cuando recobremos aquélla, las generaciones surgirán solas natural y flexiblemente, pero con un vigor inigualado. Cuando en vez de preguntarnos por el "hombre de su generación" nos preguntemos por el "hombre de su linaje", el primero se nos dará, y por añadidura, lleno de sentido, fuertemente asido, y no como ahora, naufrago en su época, venido de ninguna parte, deambulando para encontrar entre sus desconocidos contemporáneos su "generación".

Quien dice "linaje" dice fundamentalmente linaje. Cada uno es hijo de su padre. (Puede haber quien prefiera un libro de Blasones al "Quijote".) Puede decirlo con verdadero honor. Bien que haya hijos sin padre, hijos adoptivos e hijos emancipados. Hay linajes legítimos, bastos y espúreos. Como hay linajes espirituales. Pero la carne y la sangre revelan un "antes"; prescindir de su revelación sería, sí, espiritualismo, pero diabólico.

También puede decir secundariamente: escuelas, direcciones, consecuencias, reacciones; pero todo esto son cosas superficiales y fungibles frente a la realidad profunda e impermutable del linaje.

Mientras queramos hacer la historia de las actividades externas, contingentes y productivas de los hombres, nos bastará referirnos a sus maestros, su escuela, el estado de las cosas al tiempo en que ellos empiezan a actuar. Para la historia radical y esencial de cada hombre, tendremos que preguntarnos por sus padres y por sus abuelos, por la carne, la sangre y el espíritu. En contra de esta actitud deponen nuestras modernas biografías que parten de "la época" de los héroes. Las historias antiguas parten siempre de la genealogía de los héroes. Una de esas historias es el Evangelio, según San Mateo. Y en el Evangelio no hay palabra insignificante.

Se cree hoy firmemente poder prescindir del linaje de las personas al hacer su historia.

¿Cómo ha sido esto posible? Se ha olvidado, primero, que toda historia es sagrada. Se ha empezado por hacer una historia que para nada tiene en cuenta a "nuestros primeros padres". Después, como sustitutivo del linaje, apareció la generación,

Rafael GIBERT

